



UN LORD
PARA *mí*

OLGA SALAR

Un lord para mí
Serie Nobles nº 2

Un Lord para mí.
© Olga Salar.
Primera edición Junio 2018
Correcciones: Anabel Botella.
Fotografía de portada: Alicia Vivancos. Istock Photo.

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o *transformación* de la obra, solo podrá realizarse con la autorización expresa de los titulares del copyright.

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Próximamente...](#)

[Sobre Olga Salar](#)

[Otras obras de la autora](#)

Prólogo

Lady Victoria Warwick sabía a la perfección lo que se sentía cuando te rompían el corazón. Lo había descubierto en el instante en el que vio al hombre que amaba besar a su hermana mayor, tras los setos de su propio jardín, envueltos en la intimidad que otorgaba la soledad de la tarde.

Dicho acontecimiento sucedió exactamente en el momento en el que el dueño de su corazón alzó la cabeza, apartando sus labios de los de su enamorada y la miró directamente, sin arrepentimiento o vergüenza por haber sido descubierto en plena intimidad.

Por extraño que pudiera parecer, Victoria estaba segura de haber escuchado el instante preciso en el que su corazón se rompía.

El sonido no fue el que se podría haber supuesto para estos casos: cristales rotos u objetos haciéndose añicos contra el suelo o, quizás, el sonido de un reloj al detenerse abruptamente. Para su sorpresa, el sonido de un corazón rompiéndose en pedazos se asemejaba mucho a un sollozo, solo que más intenso, más oscuro, infinitamente más angustioso.

Capítulo 1

«Ayer por la mañana la iglesia de Saint George, en Hanover Square, estaba tan llena de madres llorosas que esta cronista pensaba que iba a ser necesario un desalojo urgente para evitar males mayores. El duque favorito de las matronas se ha casado, no es de extrañar tanta desolación maternal».

Revista Secretos de sociedad.

El único motivo por el que Lady Victoria estaba dispuesta a mantener una conversación educada con cierto caballero era porque se encontraba en la boda de su hermana y el caballero en cuestión acababa de convertirse en el nuevo pariente de la protagonista: la novia.

Esa era una circunstancia para la que no tenía escapatoria.

Por todo ello, tuvo que fingir una sonrisa y aceptar la copa que le ofrecía Lord Sebastian Middlethorpe. No obstante, se permitió fantasear con arrojársela en la cara y marcharse de allí encantada.

—No creo que el barón Shelton sea una buena compañía para ti y, ya puestos, tampoco me lo parecen el vizconde Bloomberg ni el duque de Chespeake —comentó él sin una introducción previa.

—Desconocía que supieras tanto acerca de los caballeros con los que hablo —respondió ella, negándose a mirarle.

Desde la tarde en la que se encontró con Sebastian del brazo de su amante, una cantante de ópera italiana, se había prohibido a sí misma mirarle o

a hablar con él más allá de lo que dictaba la buena educación.

—Es inevitable, frecuentamos los mismos lugares —confesó sin apartar la mirada de ella.

—En ese caso tienes razón. No son adecuados para mí.

Sebastian entrecerró los ojos antes de preguntar.

—¿Adecuados? ¿Planeas encontrar marido esta temporada?

—Sí —reveló sin comprometerse con una respuesta más elaborada.

—¿Por qué tanta prisa?

Torie dejó de evitar su mirada y se dio la vuelta para observarle de frente.

—Si tienes que preguntarlo es que no sabes nada de mi familia.

—Tu madre —aventuró él.

Conocía de primera mano el deseo de la condesa de Berbrooke de casar a sus hijas. Había sido amigo de Brianna durante casi toda su vida, además de vivir a escasas millas de la familia del conde, por lo que no era una sorpresa que Lady Warwick decidiera casar a su única hija soltera.

—Exacto. Ahora que Brianna se ha casado centrará toda su atención en mí.

Sebastian se encogió de hombros.

—Era inevitable, después de cuatro temporadas.

Victoria se negó a ofenderse, por lo que continuó con su actitud

impasible, a la espera de que los novios se marcharan de su propia recepción.

Conocía a Sebastian y sabía que esperaba que ella se enfadara y le replicara, pero no tenía intención de hacerlo. Por fin había terminado con él y con el estúpido enamoramiento que había sentido durante gran parte de su vida.

Había tomado una decisión y tenía toda la intención de mantenerse firme en ella, iba a casarse y para ello tenía que olvidarse por completo de la única persona que podía estropear sus planes.

—¿Sabes? Puedo ayudarte si deseas encontrar un marido.

La mirada fulminante de Victoria ni siquiera logró que él se inmutara. Parecía decidido a enfadarla.

—Conozco los defectos de todos los caballeros de la alta sociedad. Podría ayudarte a escoger correctamente —y añadió en un tono velado de burla—: Casarse es demasiado importante para hacerlo a la ligera.

—Eres muy amable, pero no necesito tu ayuda. Soy perfectamente capaz de escoger a mi futuro marido yo sola. —Se marchó antes de ver la sonrisa triunfal de Sebastian.

Capítulo 2

Lord Sebastian sabía que era necesaria la ayuda de una mujer para conquistar a otra. Y aunque hasta ese momento lo que él consideraba conquista estaba muy alejado de sus planes actuales, la norma era la misma.

Por ese motivo obvió a cierta viuda que caminaba hacia él, tentadora, y se acercó hasta la madre de la novia con la intención de charlar con ella y elogiarla por lo bonita que había quedado la recepción de bodas.

Se resignó a pasar un rato incómodo cuando vio que la condesa estaba hablando con Lady Ellesmere, la mayor chismosa de todo Londres.

—Buenos días, hermosas damas. —Se inclinó ante ellas, cortés.

Las dos mujeres sonrieron, encantadas de que un apuesto joven se acercara a ellas.

Él aprovechó la tesitura para halagar a la condesa, diciéndole lo delicioso que había estado el desayuno y lo bonito que estaba todo, gracias a su inestimable trabajo.

—Gracias, Sebastian, celebro que lo hayas disfrutado.

—Mucho, milady.

Lady Berbrooke iba a decir algo más, pero se quedó callada al darse cuenta de que su amiga miraba con demasiada fijeza a Lord Sebastian.

—Lydia, ¿qué miras con tanto interés? —inquirió sin recato, a pesar de

que era evidente que a quien miraba era al caballero que las acompañaba.

—Tiene los ojos verdes —respondió la aludida.

—Lo sé. Puedo verlo.

—Los de sus hermanos son azules —volvió a responder.

—Tengo los ojos de mi madre. Mis hermanos tienen los de mi padre —
sonrió forzado—, aun así, todo queda en familia.

Lady Ellesmere se repuso con rapidez, consciente de que se había
puesto en evidencia. Nadie miraba con fijeza a nadie con tanto descaro. La
cortesía estaba para algo.

—Su madre es una mujer hermosa.

Él rio de buena gana.

—¿Está tratando de halagarme, Lady Ellesmere?

La mujer se ruborizó y Sebastian comprendió que había cometido un
error de cálculo.

—No exactamente. Ambos sabemos lo que se dice de las personas con
los ojos verdes.

—¿Qué se dice? —Intervino la condesa— No estoy al tanto de ese tipo
de comentarios.

—Se dice que los que los poseen son envidiosos y celosos —espetó
—. Si me disculpan, tengo que hablar con Lord Rotherham.

—Puedo asegurarle que no soy ninguna de las dos cosas —explicó con

cierta sorna.

—Lo sé, querido, pero eso es porque nunca te has enamorado.

—¡Ah! Los celos... Es cierto, nunca me he enamorado, lo que me lleva al motivo por el que deseaba hablarle.

La condesa abrió los ojos desmesuradamente, no pudiendo disimular su curiosidad.

—He hablado con Victoria y me ha confesado que desea casarse esta temporada.

Los ojos de la condesa brillaron de felicidad.

—El problema es que no estoy muy seguro de que haga una buena elección. La he visto hablar con personas... poco adecuadas.

—¡Oh, Sebastian! ¿Es eso cierto?

Él asintió con vehemencia. Sabía que acababa de ganarse una aliada.

—Tanto es así, que le he ofrecido mi ayuda. —Y añadió—: Después de todo, soy hermano de un duque y conozco a toda la alta sociedad.

—Por supuesto.

—El problema es que Victoria ha rechazado mi ayuda.

Lady Rosalie Berbrooke entrecerró los ojos al tiempo que preguntaba sobre la clase de ayuda que Sebastian estaba dispuesto a ofrecerle.

—Podría asesorarla sobre quién es el caballero más conveniente para ella como marido.

—¿Y por qué harías eso?

—Me aburro —mintió—, una temporada es siempre igual a la anterior y, ahora que Marcus se ha casado y que me he mudado a mi propio hogar, el hastío me invade más intensamente.

—¿No has pensado en casarte tú también?

Él no estaba dispuesto a mentir tanto, por lo que dijo una verdad a medias.

—Lo cierto es que lo he pensado, pero creo que antes debería ayudar a Victoria. Si le parece bien, por supuesto.

—Me parece una idea maravillosa.

Él puso una expresión afligida, sabedor de que la condesa picaría.

—¿Sucede algo más que deba saber?

—Victoria no desea mi ayuda y yo no puedo obligarla a aceptarla, por mucho que me preocupe su bienestar.

—Claro que no puedes, pero yo sí —zanjó la condesa, encantada con la conversación que acababa de mantener.

Si las cosas salían como esperaba iba a tener dos hijas casadas antes de que finalizara la temporada.

Capítulo 3

«Espero que estés aprendiendo mucho sobre pintura en Italia, porque te estás perdiendo una temporada llena de sorpresas. Y no hablo solo de la boda de Brianna. Ojalá estuvieras aquí...»

Fragmento de la carta que Lady Victoria envió a su amiga Lady Caroline Whinthrop.

Victoria terminó su conversación con Lady Julia Berkeley, cuando su hermana se detuvo a su lado. Era la primera fiesta a la que Brianna acudía como Duquesa de Rothgar y, aunque Julia y Caroline habían sido sus amigas desde su primera temporada, tenía la sensación de que su hermana deseaba decirle algo en privado.

Su expresión circunspecta no era propia de una mujer felizmente recién casada.

—Pasea conmigo por el salón. Hay algo que tengo que contarte — anunció su hermana.

—¿Por qué no me lo has dicho esta tarde cuando he ido a tomar el té?

Brianna la miró con pesar.

—Madre estaba delante y es algo privado que no deseo compartir con ella.

Victoria clavó la mirada en su hermana, como si tratara de adivinar lo que la duquesa pretendía decirle. Un brillo de felicidad se encendió al creer

que había descubierto el secreto que Brianna trataba de esconderle a su madre.

—No me digas que estás embarazada.

Ella se ruborizó, lo que acentuó más su cabello rojo.

—Apenas llevo unas semanas casada, Torie.

Se hermana se encogió de hombros.

—Creía que solo era necesaria una vez para quedarse embarazada.

—¿Dónde has oído eso? No, mejor no me lo digas. En cualquier caso no es eso lo que pretendo contarte. Es otra cosa.

—Tú dirás.

—Lo cierto es que te he ocultado algo y, aunque lo hice para protegerte, no sé si fue lo adecuado.

—Ahora has comenzado a asustarme. ¿Va todo bien con Marcus?

—Sí, por supuesto. Marcus no tiene nada que ver. Es algo que tiene que ver con Sebastian.

—No me interesa nada que tenga que ver con tu cuñado, Bri.

—Lo sé, pero le di mi palabra de que te lo contaría.

—¿De qué estás hablando?

—¿Recuerdas la tarde que le vimos con la cantante de ópera colgada de su brazo?

Esperó hasta que Victoria asintió con la cabeza para continuar con su relato.

—Al día siguiente vino a verme y me pidió que te dijera que ella no era su amante.

—¿Te pidió que me lo dijeras a mí?

—Sí.

—¡Oh, Dios mío! Lo sabe, Bri, sabe lo que siento por él.

Al ver que su hermana se alteraba, Brianna la asió del brazo y la condujo con discreción hasta la sala habilitada para las damas. Tras asegurarse que solo había allí una costurera, le pidió con educación y una propina que las dejara a solas, la muchacha se marchó contenta con el dinero que la condesa le había dado por no hacer nada.

—Torie, ¿estás bien? Yo no quería decírtelo, pero tras hablarlo con Marcus pensamos que era lo mejor. Que Sebastian quisiera que lo supieras supone un interés por ti.

—Marcus también lo sabe —musitó Victoria para sí misma.

—Creo que tuvo una conversación privada con él, cuando le ofreció la casa de Chesterfield Street, pero no me ha contado nada sobre lo que hablaron.

—No voy a poder mirarlo a la cara nunca más. Con razón se ofreció para ayudarme a encontrar esposo. Deseaba deshacerse de mí.

—¿Cómo dices? Explícate, Torie. No he entendido nada.

Victoria le contó cómo la había abordado en su boda, y cómo tras saber que andaba buscando esposo se había ofrecido a ayudarla a dar con el

caballero perfecto para ella.

—Deberías aceptar su propuesta.

—¿Estás loca?

—No. Es perfecto. Si no siente nada por ti y su interés en que supieras la verdad sobre María era por pura vanidad, le dejarás claro que no estás interesada en él y, si el motivo es más... personal, tendrás la oportunidad perfecta para ponerle celoso y hacer que ponga las cartas sobre la mesa de una vez por todas.

—Me juré no volver a interesarme por él —explicó Victoria.

—No puedes mantener una promesa que te haga daño. Es absurdo, querida. Descubre lo que Sebastian quiere de ti y después toma la decisión que te haga más feliz.

Capítulo 4

Sebastian entró en el White's creyendo no encontrar compañía. Esa misma tarde había decidido no asistir al baile de los Belleau, que tenía lugar en esos momentos en su mansión de Mayfair.

Sabía que la condesa habría hablado con su hija sobre la propuesta que le había hecho y no deseaba verla tan pronto.

Necesitaba que Victoria se calmara antes de enfrentarse a ella y a su ira.

Lo que no había esperado era ver a sus dos mejores amigos allí. Era evidente que no iban vestidos para un baile por lo que dedujo que tampoco tenían intención de asistir a ninguno.

—Lady Bellau debe sentirse desolada —dijo, al tiempo que se acercaba a su mesa y tomaba asiento al lado de Lucius—, ya que ha perdido la oportunidad de ofrecerle a las matronas desesperadas por casar a sus hijas al marqués de Hawkscliffe y al vizconde Edgehill.

Phillip Sinclair, vizconde de Edgehill hizo un gesto con la mano como restándole importancia al asunto de que estuvieran allí.

Lucius Whinthrope, marqués de Hawkscliffe sonrió a Sebastian y procedió a explicarle la razón por el que su amigo parecía tan molesto.

—Lady Alice Alvanley estuvo a punto de conseguir que su trampa

tuviera éxito.

—¿Trampa?

—Trató de parecer comprometida por Phillip delante de los Blechs Schmidt para cazarle.

Sebastian amagó una carcajada. No quería que su amigo se molestara más.

—¿Cómo demonios pudo llegar tan lejos? ¿Acaso no has aprendido nada en todos estos años?

—No me lo esperaba —se quejó—. Creo que no he hablado con ella más que en dos ocasiones.

Hawkscliffe se rio sin disimulos.

—Es demasiado irresistible para las damas. Es su carga en la vida —se burló.

Phillip fulminó con la mirada a su amigo, pero repentinamente se calmó.

—Cambiemos de tema —pidió—. ¿Cuándo regresa Caroline de Italia?

Si alguno de los dos caballeros que le acompañaban encontraron extraña la pregunta lo ocultaron muy bien.

—Acabo de recibir una corta nota de mi tía diciéndome que Alice ha decidido regresar. Imagino que estará en casa en un par de semanas.

—Eso es estupendo —apuntó Sebastian—, así ya no andarás tan

preocupado por ella a todas horas.

—Será peor. Tendré que vigilar a sus pretendientes y, si son tantos como la temporada pasada, me voy a ver muy ocupado.

—Tal vez no. Tal vez Caroline ya haya hecho su elección y solo regresa para informarte —apuntó Lucius.

—No creo que mi hermana se haya enamorado en Italia, si es eso lo que insinúas. Mi tía no me ha hablado de ningún caballero que haya despertado interés en Caro. —Hawkscliffe se levantó de un salto cuando divisó a un conocido que acababa de entrar—. Ahora regreso, tengo que hablar con Felton sobre un pura sangre que deseo comprarle como regalo de bienvenida a mi hermana.

Lucius se resignó a no poder aclarar sus palabras.

Cuando alzó la cabeza se dio cuenta de que Sebastian lo miraba fijamente.

—No deberías ser tan vehemente si no estás dispuesto a contarle la verdad.

—¿De qué estás hablando?

Su amigo se encogió de hombros.

—De acuerdo. Si quieres seguir con tu juego no seré yo quien te lo estropee —decidió Sebastian.

—¿Podrías, por favor, explicarme de lo que estás hablando?

—De Caro y de ti, Edgehill. Estoy al tanto de todo.

Lucius pareció perder el color de la cara, lo que, junto con su cabello castaño claro, más largo de lo que dictaba la moda, y sus ojos azules, le conferían un aspecto enfermizo que Sebastian nunca antes le había visto.

—Yo, no... —tartamudeó sin llegar a decir nada con sentido.

—No voy a delataros. No es necesario que te preocupes. Solo te digo que deberías contárselo a Hawkscliffe, es tu amigo y estamos hablando de su hermana. La mujer a la que protege por encima de sus propios intereses.

Lucius suspiró y se arrellanó en la silla.

—Caroline no quiere que se lo diga todavía. Me prometió que lo haríamos cuando regresara.

—Caroline está a punto de desembarcar, Lucius. Ve allanándote el camino.

Capítulo 5

«Justo cuando pensábamos que la temporada no podía ser más aburrida, han comenzado a producirse una serie de acontecimientos que nos hacen querer que esta no termine, hasta que todo quede bien cerrado y debidamente documentado por esta revista.»

Revista Secretos de sociedad.

Sebastian sabía que no podía ser tan fácil, pero la nota que había recibido de Victoria, esa mañana, era clara: tenía que pasar a recogerla a la hora del té para dar un paseo con ella por Hyde Park.

La única opción que tenía sentido era que la condesa la hubiese obligado a escribirle.

Lo que resultaba poco alentador para sus fines.

Obligada por su madre o no, era una oportunidad que no pensaba desperdiciar con absurdos escrúpulos. Por ello, se presentó en el número 5 de Grosvenor Square a la hora exacta en la que se le esperaba y le ofreció su tarjeta al mayordomo.

Un minuto más tarde la mismísima condesa salía a recibirle y le invitaba a tomar asiento en su salita privada, donde Victoria ya le esperaba.

—Espero que no te importe, Sebastian, pero he obligado a Victoria a aceptar que tomáramos el té antes de que os marchéis.

El aludido arqueó una ceja, sorprendido.

—Es una idea estupenda, condesa —elogió tomando asiento al lado de Torie.

Cooper apareció con una nueva remesa de té y la condesa se dispuso a servir sin necesidad de preguntas. Hacía demasiado tiempo que conocía a Sebastian como para no tener claro su gusto por el té sin leche y sin azúcar.

El único motivo por el que había insistido en que se quedaran unos minutos con ella era porque deseaba descubrir el motivo oculto de Sebastian para ayudar a Victoria. Porque, aunque tenía una ligera idea, necesitaba estar segura del todo antes de permitir según qué cosas.

—Creo que será mejor que nos pongamos en marcha o el parque estará tan lleno que apenas nos podremos mover —apuntó Sebastian media hora más tarde.

Se había levantado para no dejar ninguna duda sobre sus intenciones. La condesa era demasiado observadora, se dijo. No la recordaba tan perspicaz.

—¿Por qué no subes a por tu sombrero, querida? Yo entretendré a nuestro invitado mientras tanto.

—Sí, madre.

—Aunque podría decirse que no eres ningún invitado —comentó cuando su hija abandonó la sala—, tras la boda de tu hermano con mi hija ya somos familia y, quién sabe, podríamos terminar siendo mucho más cercanos,

todavía me queda otra soltera.

Ocultó una sonrisa. Sí que era perspicaz.

—Sería un honor, milady.

Caminar del brazo de Sebastian a la vista de todo Londres era una experiencia que Victoria jamás hubiera imaginado que llegaría a cumplir y mucho menos que la idea surgiría de ella misma.

Tras su conversación con Brianna, había decidido seguir su consejo y averiguar qué era lo que este pretendía con su ofrecimiento.

—Tal vez deberías comenzar diciéndome qué es lo que esperas del matrimonio —pidió Sebastian muy serio, sacándola de golpe de sus pensamientos.

—¿Para qué necesitas saberlo?

—Necesito hacerme una idea del tipo de marido que buscas y para ello es imprescindible saber qué es lo que esperas de él.

—Supongo que tiene sentido.

Él sonrió sabiendo que acababa de ganar la primera batalla.

—Me gustaría casarme con un caballero a quien no le importe pasar tiempo conmigo, que no me abandone por otra mujer y, por encima de todo, que respete mi opinión y que la tenga en cuenta.

—No has dicho nada sobre el amor.

—Ya no soy una debutante tonta. Sé que el amor no es imprescindible

para un matrimonio.

Él la miró como si tratara de adivinar hasta qué punto decía la verdad.

—¿Entonces no te importa que tu marido no esté enamorado de ti? Te aseguro que si buscas fidelidad el primer paso para lograrla es ganarse el afecto de tu esposo.

—Como te he dicho el amor no es imprescindible.

—De acuerdo. Me he dado cuenta de que tampoco has dicho nada sobre títulos.

Victoria se encogió de hombros.

—Los títulos son como el amor, si los hay bienvenidos y si no los hay son prescindibles.

—¿Alguna preferencia?

—¿Te refieres a si me interesa algún caballero en concreto?

Sebastian asintió no muy seguro de mostrarse impasible si ella daba el nombre de alguien en concreto.

—No. Estoy dispuesta a seguir tus recomendaciones. Por eso te he hecho venir a verme.

Él pareció relajarse con la respuesta.

—Creo que deberíamos comenzar esta noche. ¿A qué baile vas a asistir?

—Al de los Alvanley. No es el que yo hubiera elegido, después de todo no es un secreto que Alice Alvanley y yo no nos llevamos bien. Es

demasiado... vanidosa para mí. Aunque eso no importa porque es allí donde iré ya que mi madre se ha empeñado en no hacerle un desplante a sus padres, dado que debutamos juntas. Además —añadió con pesar—, después de dos años de duelo en el campo, el baile que dan sus padres es una especie de nuevo debut, para ella.

—Has sido muy magnánima alegando que Lady Alice es vanidosa. Yo habría sido menos... amable.

—No es mala persona —la defendió Victoria—, está demasiado segura de sí misma. Eso es todo.

—Y ahora la defiendes. Eres una caja de sorpresas, Torie.

Ella se ruborizó.

—Es solo que a veces me molesta su actitud. Entonces recuerdo lo de Martin y siento pena por ella. Antes no era así. Cambió tras el trágico accidente.

Sebastian asintió apenado.

—Martin era una persona maravillosa —declaró con profundo pesar.

—Lo era y Alice también. La muerte de su hermano la ha hecho diferente.

—Bueno... supongo que era inevitable. Al ser gemelos tenían un vínculo más fuerte que cualquier otra pareja de hermanos.

—No puedo imaginarme lo que sería perder a Brianna y eso que

nosotras nunca estuvimos tan unidas como Martin y Alice.

De un modo inconsciente, al percibir la tristeza de Victoria, Sebastian alzó la mano para acariciar su mejilla. La descarga fue automática, como si un millar de hormigas subieran por sus dedos y avanzaran por su brazo directas a su pecho.

Se le entrecortó la respiración y tuvo que fingir una tos para no ser descubierto por Torie, que lo miraba con fijeza.

—No pienses en eso —musitó—. Creo que ya va siendo hora de que regresemos a tu casa. Tu madre debe de estar preocupada.

—Por supuesto.

Capítulo 6

Era el primer vals de la noche, y aunque se habían acercado diversos caballeros para pedírselo, Victoria se lo había reservado por si Sebastian la invitaba a bailar.

Contra todo pronóstico su madre no había parecido enfadada ni preocupada porque rechazara a tantos pretendientes que deseaban bailar con ella.

Para su tranquilidad, tal y como había deseado, Sebastian se había acercado a ella para acompañarla a la pista de baile.

—No me has preguntado si tenía la pieza reservada —le recriminó.

—Sabía que me la habías reservado a mí. De hecho, a partir de este momento y hasta que encontremos al caballero perfecto para ti, todos los vales me pertenecerán.

—¿Cómo dices?

—Que no puedes bailar el vals con nadie que no sea yo.

—No puedes pretender que...

—Torie, querida, ¿de verdad esperabas que te ayudara sin recibir nada a cambio? —Una sonrisa pícaro se extendió por su rostro—. No soy tan honorable.

—¿Me estás diciendo que no me ayudarás a encontrar al esposo adecuado si me niego a reservarte todos los bailes de la noche?

—No.

Ella respiró más tranquila.

—Acabo de decirte que no te ayudaré a encontrar esposo si no me reservas todos los vales desde este mismo instante hasta el final de la temporada.

La sorpresa hizo que diera un pequeño traspie. Ella, que era una bailarina exquisita, se había puesto tan nerviosa que se había tropezado con sus propios pies.

—Es una locura. Van a hablar de nosotros si no bailo el vals con nadie más que contigo.

—Van a hablar de nosotros igualmente. En cuanto se den cuenta de que pasamos más tiempo juntos.

—No había pensado en eso —confesó. Su plan no había ido más allá de descubrir el motivo del interés de Sebastian en ayudarla.

—Entonces, ¿qué va a ser, Torie? ¿Vas a reservarme los vales o vas a buscar por tu cuenta un marido adecuado?

—Eso es chantaje.

—Lo sé. Nunca dije que fuera a portarme bien. Solo que te ayudaría.

—De acuerdo. Tú ganas.

—Estupendo. Ahora como recompensa te acompañaré hasta donde está el barón de Mayne.

—¿El barón de Mayne? ¿Él es tu primera propuesta?

—Exactamente.

Victoria le lanzó una mirada fulminante.

—¿Qué sucede? Es un caballero educado, con muy buena posición, joven... ¿qué pega vas a ponerle?

—Tiene halitosis —susurró enfadada.

Él la miró como si no la reconociera.

—No puedo creer que seas tan snob —la amonestó aguantándose las ganas de reír—. Es un caballero excelente y en lo único en lo que te fijas es en su pequeño defecto.

—No es un defecto pequeño.

Sebastian suspiró exageradamente.

—De acuerdo, olvidémonos del barón de Mayne. ¿Qué te parece Doncaster? —señaló hacia donde estaba el aludido hablando con el marqués de Hawkscliffe.

Victoria arrugó el ceño. Doncaster era casi tan viejo como su padre.

—No creo que sea adecuado. No obstante...

—¿Sí?

—Creo que Hawkscliffe sería perfecto para mí.

Durante varios segundos ninguno de los dos dijo nada. Victoria porque estaba pendiente de la reacción de Sebastian y este porque parecía haberse quedado mudo de sorpresa.

—Su hermana es mi mejor amiga. Sería una unión perfecta.

—Imposible —zanjó sin dar explicaciones.

—¿Por qué?

—A Hawkscliffe no le gustan las rubias. Es imposible que te vea de ese modo.

Aunque Victoria no dijo nada, el comentario la dejó pensando en el motivo por el que el marqués podría menospreciar a las mujeres de cabellos claros.

Capítulo 7

Victoria buscaba la sala de las damas cuando se topó con Alice Alvanley en medio del pasillo. En lugar de estar brillando en medio de su propia fiesta, estaba allí escondida, parada frente a una puerta y, aunque tenía la mano extendida, no llegaba a tocar el pomo para abrirla.

Eso fue lo que despertó la curiosidad de Torie.

La observó unos segundos absorta en su inmovilidad.

Ella tenía el mismo aspecto de siempre: con su lustroso cabello negro, brillando a la luz de las velas, y ese porte altivo que la alejaba tanto de las demás chicas.

Esperó hasta que reconociera su presencia, pero estaba tan concentrada que tuvo que llamarla para captar su atención.

—¿Alice?

La aludida se dio la vuelta con una expresión cansada en el rostro, pero se recuperó en cuanto vio a Victoria.

—¿Estás bien?

—Sí, iba en busca de la costurera y me he entretenido.

—¿Qué hay ahí? —preguntó de un modo tan directo que habría avergonzado a su madre.

—¿Disculpa?

—La puerta. ¿A dónde lleva? —aclaró Victoria.

Los hombros de Alice se hundieron, pero, aunque trató de reponerse, no fue lo bastante rápida como para que su compañera no lo notara.

—Era el despacho de Martin.

—¿Deseas que entre contigo? —ofreció, tratando de ser amable.

Alice la miró de frente y en esa ocasión no hubo duda de su expresión desolada.

—No se me permite entrar —confesó.

La expresión confundida de Victoria hizo que fuera más específica.

—Mis padres no me permiten entrar ni al despacho ni a la alcoba de Martin.

—¿Por qué iban a hacer eso? Es normal que quieras estar cerca de sus cosas.

—Es evidente por qué. —Y añadió con tono cansado—. Porque yo maté a mi hermano.

—Fue un accidente.

Alice se encogió de hombros.

—De cualquier manera fue mi culpa. Murió para salvarme.

—Aun así, no fue culpa tuya. Él decidió ayudarte en lugar de esperar por nadie más.

—Si no me hubiera metido en el lago ahora estaría aquí —confesó y Victoria notó cómo le temblaban los hombros al tratar de detener el llanto.

—¿Te apetece dar un paseo por el jardín conmigo?

Ella la miró con intensidad antes de responder.

—¿Por qué estás siendo amable conmigo?

—Porque nadie debería pasar por lo que estás pasando sola.

Capítulo 8

«¿Tienes alguna idea de por qué tu hermano desprecia a las mujeres rubias? Desde hace unos días no dejo de preguntármelo».

Fragmento de la carta que Lady Victoria envió a su amiga Lady Caroline Whinthrop.

Al día siguiente, tal y como Sebastian le había pedido, Victoria le reservó todos los vales de la noche. Tuvo la suerte de que solo sonaran dos, por lo que dos bailes con el mismo caballero no eran suficientes para alertar a nadie de lo que estaba sucediendo.

Además, aunque Sebastian era rico como Creso y hermano de un duque, no era más que el tercero en la línea sucesoria al ducado, con lo que estaba menos vigilado que su hermano Edward o que el propio Marcus.

—¿Qué tal estás en tu nueva casa?

—De maravilla. Es agradable vivir ahí. Sobre todo porque es el hogar que mi padre escogió para mí.

—¡Oh!

—Tiene muchas cosas que le pertenecieron. La biblioteca es mi rincón favorito de la casa.

—Seguro que es hermosa.

—¿Por qué no vienes a verla?

Victoria se ruborizó hasta la raíz del pelo.

—No puedo hacer eso. Si alguien me viera mi reputación estaría arruinada —declaró.

No comprendía por qué Sebastian le había propuesto semejante locura, cualquier persona sabía que una dama soltera no podía visitar la casa de un caballero y seguir manteniendo su buen nombre.

—Le escribiré una nota a Brianna para que te acompañe —ofreció.

—En ese caso me encantaría ver tu casa.

—Entonces arreglado. Se lo comentaré cuando vaya a reclamar mi baile —comentó mientras llevaba a Victoria hasta la mesa de las bebidas para que se refrescara tras el ejercicio.

Para su completo malestar, no llegaron a ella porque fueron interceptados por Lord Burns, que llegó a reclamar el baile prometido.

—Lady Victoria —saludó al tiempo que le ofrecía el brazo—, Sebastian.

—Íbamos a por una limonada. Está exhausta tras el baile.

La aludida lanzó un bufido indignado.

—Por supuesto que no estoy exhausta. Además, le prometí la siguiente pieza a Lord Burns.

—Si es cierto que está cansada yo mismo la acompañaré a por un refrigerio.

—No será necesario, milord, estoy perfectamente para bailar con usted —anunció al tiempo que fulminaba a Sebastian con la mirada.

¿Cómo se atrevía a rechazar una invitación en su nombre? O a insinuar que estaba cansada.

—En ese caso —inclinó ligeramente la cabeza ante Sebastian con un expresión de triunfo en los ojos—, encantado de saludarte Middlethorpe.

Victoria estaba tan molesta que ni siquiera se despidió de él. Permitió que su pareja la llevara a la pista de baile y ni siquiera fue consciente de lo que este le estuviera diciendo.

¿Por qué actuaba Sebastian de un modo tan extraño? Aparentemente se había ofrecido a ayudarla a encontrar el marido adecuado para ella, pero lo único que había hecho era tratar de emparejarla con caballeros que no eran de su agrado y alejarla de los que sí le parecían interesantes.

¿Tendría razón Brianna y había alguna posibilidad de que estuviera interesado en ella?

Llevaba varios días sin hablar con su hermana, pero la última vez que discutieron el tema, Bri se decantaba por esa posibilidad.

—¿Está bien, milady? —inquirió su pareja, cuestionándose si había sido cierto el comentario de Sebastian sobre su indisposición.

Una idea acudió a la mente de Victoria con tanta nitidez que la hizo sonreír ampliamente.

—En realidad me vendría bien un paseo por el jardín. Estoy acalorada.
¿Le importaría escoltarme, Lord Burns? Nos quedaremos donde haya gente
para que no quepa ninguna duda del motivo de nuestro paseo.

—Será un honor.

Capítulo 9

«La fiesta que dieron los condes de Ramsford, tras su periodo de duelo en su casa solariega de Kent, fue todo un éxito. El único momento que empañó la noche fue el recuerdo que todos los presentes tuvieron del gran ausente de la noche»

Revista Secretos de sociedad.

Sebastian sabía en todo momento dónde y con quien estaba Victoria.

Incluso mientras bailaba con Brianna sabía a ciencia cierta que ella acababa de abandonar el baile del brazo de Lord Burns camino de la terraza que daba al jardín principal.

—¿Qué te sucede esta noche? Estás distraído —le regañó su cuñada.

—Tu hermana acaba de salir a la terraza del brazo de Lord Burns.

—Madre estará encantada —dijo esta con indiferencia.

Sebastian no perdió el tiempo dando explicaciones. Se paró en medio del baile, asió a su amiga del brazo y la apartó hasta un lateral en el que había una ventana abierta para refrescar el recargado ambiente.

—¿Qué haces, Sebastian? Quería bailar esta pieza —se quejó Brianna.

—Asegurarme de que no se propasa con ella —anunció mientras miraba en la dirección que había tomado la pareja.

Brianna ahogó una exclamación.

—¿De verdad crees que sería capaz de eso?

—No tengo ninguna duda —mintió con descaro.

Lord Burns era un baronet demasiado apegado a las convenciones como para tratar de propasarse con una dama, por muy hermosa que esta fuera.

Brianna buscó con la mirada a su esposo, pero al verle entretenido con Hawkscliffe y con el vizconde Edgehill, no trató de captar su atención. Marcus trabajaba mucho. El ducado lo mantenía casi toda la mañana ocupado, y cuando no estaba trabajando estaba con ella. Se merecía un poco de diversión masculina.

—¿Por qué no damos un paseo? —ofreció Brianna—. Por los viejos tiempos.

—Creía que nunca me lo pedirías.

Lord Burns era tedioso y eso era lo más gentil que se podía decir de él sin convertirse en una arpía.

Estaba tan obsesionado con los modales que no era capaz de hablar de nada interesante.

Según él, las conversaciones adecuadas entre una dama y un caballero tenían que limitarse al tiempo o a algún evento al que ambos hubieran asistido.

Todo lo demás, incluyendo cualquier asunto interesante, quedaba fuera de lo correcto, según su estricto criterio.

—Torie —llamó Brianna.

Sorprendida de que su hermana hubiera salido al jardín se dio la vuelta, topándose con Sebastian, que la acompañaba.

—¡Qué sorpresa!

—Tu hermana no soportaba más el calor y me ofrecí a acompañarla. Después de todo, es mi hermana favorita.

—Pobre Jane —comentó Brianna, aunque era evidente lo encantada que estaba con el cumplido.

—Ciertamente es muy desconsiderado de su parte hacer un comentario tan público sobre sus preferencias —amonestó el baronet.

—Mis preferencias son de dominio público, no creo que sorprendan a nadie —dijo en un tono que pretendía escandalizarlo.

Brianna intervino para que el asunto no llegara a mayores.

—Por supuesto que sí, querido. La alta sociedad en pleno sabe que somos amigos desde siempre. Estoy segura de que Jane lo comprende.

—¿Amigos? ¿Cree posible una amistad entre un hombre y una mujer? —inquirió Burns.

Aunque la pregunta iba dirigida a Victoria, fue Brianna quien enlazó su brazo al del barón y respondió a su pregunta.

—Dime que no estabais espiando —pidió cuando su hermana se adelantó del brazo de su acompañante.

—No puedo. Te estábamos espiando.

—¿Por qué?

—No me fio de él.

Victoria estalló en carcajadas. Trató de disimular colocándose una mano delante de la boca, pero la idea de que Lord Burns fuera peligroso le resultaba tan divertida, que no podía parar de reír.

—Es el hombre más aburrido que he conocido jamás —declaró cuando fue dueña de sí misma.

—Entonces, ¿por qué has salido con él?

—Te merecías una lección —dijo desafiante y antes de darle tiempo a responder se puso a andar tras de su hermana.

Sebastian reaccionó a los pocos segundos asiéndola del brazo y llevándola justo hacia el lado contrario al que Torie pretendía ir.

—¿Qué haces? Suéltame ahora mismo —exigió.

—En seguida, milady.

A pesar de sus palabras, siguió arrastrándola hasta que decidió que el lugar elegido era lo suficientemente discreto como para hablar sin temor a ser escuchados.

La soltó en cuanto se aseguró de que estaban solos.

—Se puede saber... —no le permitió terminar.

—Ahora me toca a mí darte mi lección —dijo un instante antes de que

su boca cayera sobre la de ella.

Rozó su boca con la de ella una vez, luego otra, muy suavemente. Victoria abrió los labios con un ronco suspiro y él aprovechó la invitación para ahondar el beso.

Inmediatamente se perdió en el embriagador perfume a lilas que emanaba de su piel y en el delicioso sabor de su boca. Deslizó una mano hasta su cintura, y la atrajo más hacia él, pegándola a su cuerpo. Era tan suave como sabía que sería. Cálida y voluptuosa, sabía tan dulce, tan condenadamente bien, que se olvidó de todo lo que les rodeaba.

Profundizó más el beso, su lengua exploró el calor de su boca. Victoria vaciló durante varios segundos, y luego, con un gemido ronco, abrió los labios y tocó la lengua de él con la suya. Y de repente, lo que él había pensado que sería un simple beso, una lección de que con él no iba a jugar a su antojo, se transformó en lujuria. Urgente e intensa como nada que hubiera sentido antes.

Se apartó de ella al comprender que si no lo hacía perdería la batalla contra sus sentidos.

Cuando la alejó de su cuerpo, Victoria respiraba con dificultad y, le miraba con una expresión velada entre el deseo y la sorpresa.

—Espero que hayas aprendido la lección —espetó restándole importancia al beso que habían compartido—. Conmigo no se juega.

Capítulo 10

Victoria no había tenido el ánimo suficiente para decirle a su hermana que no iba a acompañarla esa tarde a la casa que Sebastian tenía en Chesterfield Street. Inicialmente había aceptado la invitación, pero las cosas cambiaron tras su encuentro en el jardín de los Ramsford.

El beso que él le dio fue excitante e intenso, tanto que Victoria no pudo concentrarse durante el resto de la noche, rememorando cada instante, incluso el poco valor que Sebastian le había dado. Lo que para ella había sido el mejor beso de su vida para él no había sido más que su manera de vengarse de ella por haberle replicado cuando pretendió que se fingiera cansada para evitar bailar con Lord Burns.

Ni siquiera se había molestado en comprender que hacerlo, fingirse cansada, habría supuesto mostrar una debilidad que no tenía. Y, desde luego, no estaba dispuesta a mostrarse débil en ninguna circunstancia.

Trató de fingirse alegre cuando su hermana apareció en casa con una sonrisa de oreja a oreja porque Marcus, en contra del sentido común, le había permitido a Brianna no solo sacar su carrocín de las cuerdas sino, además, conducirlo.

—Brianna, hija, ¿estás segura de que puedes hacerlo? —estaba

diciendo su madre cuando bajó al saloncito.

—He llegado hasta aquí —anunció con orgullo, a pesar de que tanto el duque como los condes vivían en Grosvenor square.

—No hay duda de que tu marido está loco por ti —zanjó Victoria entrando en la salita.

—Yo diría más bien que está loco. ¿Por qué no os lleváis a Thomas?
—el mozo de cuerdas tenía experiencia más que contrastada.

—No hace falta, madre. Soy perfectamente capaz de llegar a casa de mi cuñado por mi propia cuenta.

La condesa pareció darse por vencida.

—De acuerdo, pero por favor, enviadme una nota cuando estéis allí.

Victoria disimuló una sonrisa.

—Por supuesto, madre —concedió Brianna ocultando lo ofendida que se sentía porque dudaran de sus capacidades—. ¡Vamos, Torie! Te llevaré a dar un paseo antes de detenernos definitivamente en casa de Sebastian.

Brianna sonrió encantada cuando escuchó el gemido ahogado de su madre.

—Eso ha sido muy desconsiderado.

—Ella lo ha sido más.

—Solo está preocupada. Es normal. No hay muchas mujeres que conduzcan carruajes.

—Es cierto —concedió—. Tengo el marido más maravilloso del mundo.

La mansión en la que vivía Sebastian estaba situada en el mejor lugar de la calle. El escaso sol que lucía esa tarde daba directamente en la entrada y en las ventanas superiores.

En cuanto detuvieron el carrocín en la puerta, dos lacayos se hicieron cargo de las riendas y llevaron el coche a las caballerizas.

—Es una casa muy bonita —anunció Brianna.

—¿Ya la has visto?

—Por supuesto.

—Entonces, ¿para qué estamos aquí?

—Para que la veas tú.

Victoria iba a alegar que en ese caso lo mejor era marcharse porque ella no tenía ningún interés en verla, pero en ese preciso instante la puerta se abrió y el mayordomo las invitó a entrar con una cortesía impecable.

—Buenas tardes, excelencia. Lady Warwick, bienvenidas.

—Gracias, Hills —saludó Brianna, ganándose inmediatamente el afecto del sirviente al haber recordado su nombre.

—Milord las espera en el salón familiar —anunció señalándoles el camino para que le siguieran.

—¿Salón familiar? —inquirió Brianna con sorna.

—Milord se niega a llamarlo salón azul, excelencia. —Y añadió en un tono neutro—. Creo que es posible que necesite redecorar la casa para que esté más a su gusto.

—Tal vez esté esperando a casarse para hacerlo —apuntó la duquesa guiñándole el ojo a su hermana.

—Eso espero, excelencia, eso espero.

Capítulo 11

Reencontrarse con Sebastian tras su desavenencia fue menos traumático para Victoria de lo que había esperado. Y lo fue gracias a la actitud del propio interesado que se mostró solícito y atento, seguramente tratando de redimirse ante ella.

Por mucho que trató de hacerse la dura se vio obligada a ceder cuando él puso tanto esmero en mostrarle su hogar. No había duda de que era una persona distinta a la que había roto su beso de forma brusca y poco caballerosa.

—Es una casa perfecta para una familia —comentó una sonriente Brianna.

—Esa era la idea de mi padre. Por eso nos legó un hogar para cada uno de nosotros. —Había melancolía en su tono cada vez que hablaba de su progenitor.

Torie lo recordaba a la perfección, a pesar de los años que habían pasado desde su fallecimiento al caerse del caballo. Se parecía a Marcus. Circunspecto, pero con un punto rebelde que recordaba más a Sebastian que al duque.

—Tal vez vaya siendo hora de que lo hagas.

Él miró a su cuñada con una sonrisa traviesa antes de responder.

—Primero te toca a ti darme sobrinos. Muchos sobrinos a los que malcriar —se rio al verla sonrojarse.

Su amiga tenía la tez tan clara y el cabello tan rojo que se le notaba a la legua cualquier cambio en el tono de su piel.

—Secundo la propuesta —dijo una conocida voz masculina a su espalda.

Los tres se dieron la vuelta para toparse con el resto de la familia. Marcus se acercó a su mujer y la besó sin preocuparse de que sus hermanos le vieran.

Edward, más galante, se acercó a Victoria con Jane asida a su brazo para saludarla.

—Torie, ¡qué placer verte! —Se conocían desde siempre, no había necesidad de formalidades entre ellos. Con la confianza que le confería haberse criado juntos se inclinó para darle un beso en la mejilla.

—Edward, Jane, me alegro mucho de veros.

—Marcus nos dijo que ibais a estar todos aquí y hemos decidido unirnos al grupo —contó Jane sonriente.

—En ese caso es de ley dar por inaugurada mi casa —bromeó Sebastian.

—Falta madre —reprochó Marcus.

—No puedo creer que ninguno de vosotros, chismosos, se lo haya contado a madre.

—Por supuesto que me lo han contado —anunció la duquesa viuda apareciendo por la puerta—, al menos tus hermanos me tienen en cuenta —se quejó.

Sebastian tardó dos segundos en cruzar la estancia para abrazar y besar a su madre. La duquesa, a pesar de su edad, era tan hermosa como guapos sus hijos. Compartía con el menor el mismo tono verdoso de ojos.

—Ya estamos todos —apuntó el duque abrazando a Brianna.

Victoria se sintió de repente como si se hubiese colado en medio de la escena familiar. Ella solo era la hermana de Brianna, no pertenecía realmente al clan de los Middlethope, por mucho que lo deseara.

—Milord —interrumpió Hills entrando en el salón—, dado que está toda la familia reunida, quizás desearía invitarles a cenar. La cocinera tiene un buen surtido de carnes frías para la ocasión —ofreció.

—Es una idea excelente, Hills, pero por favor, no prepares el gran comedor, cenaremos en la sala de desayuno. Como bien has dicho, somos familia.

—Tal vez milady querrá enviar una nota a su madre para avisarla de que no irá a cenar —apuntó mirando a Victoria y pensando hasta en el último detalle.

—Sería perfecto, gracias, Hills.

El mayordomo se inclinó ante Victoria y se dispuso a marcharse.

—¿Dónde lo has encontrado? Es maravilloso —comentó Jane en cuanto Hills desapareció por la puerta.

—No es mérito mío. Venía con la casa.

—Fui yo quien le contrató —la duquesa se acercó hasta Victoria para saludarla—, lleva más de quince años con la familia. Si no fuera porque me he acostumbrado a Carter te lo robaría.

—Estoy seguro de que jamás me abandonaría, madre —rio Sebastian de muy buen humor.

Tal y como había anunciado Sebastian la cena fue informal, por lo que se encontró sentada entre la duquesa viuda y el anfitrión.

—Me encontré en Florencia con Lady Caroline y su tía. Sois muy amigas, ¿cierto?

—Caro es mi mejor amiga. Nos conocimos siendo unas niñas en la escuela para señoritas de Lady Bloomberg y desde entonces no nos hemos separado —hizo una pausa—. Hasta ahora, que ella se marchó a Italia a cumplir su sueño de estudiar pintura.

—Italia es en sí misma, un sueño. Estoy deseando volver.

—¡Oh! No sabía que fuera a marcharse de nuevo.

La duquesa viuda suspiró con pesar.

—No tengo planes para hacerlo a corto plazo. No volveré a viajar hasta que Sebastian no se case. Ya tuve que regresar a toda prisa para la boda de mi primogénito y no tengo intención de permitir que nadie ocupe mi lugar en la organización de esta boda.

Victoria sonrió. La duquesa hablaba de ella como si fuera cosa hecha y, por lo que sabía, Sebastian ni siquiera se había planteado abandonar su soltería.

—Llegó a tiempo para ayudar a Brianna y a mi madre. Gracias a ello la ceremonia fue preciosa.

Hizo un gesto con desdén con la mano.

—Fue preciosa porque ambos están locos el uno por el otro. No se necesita mucho para que una boda por amor sea un éxito.

—Es cierto.

—Por supuesto que lo es. Vas a ser una novia preciosa cuando el hombre adecuado te lleve al altar —predijo, y Victoria casi pudo jurar que estaba mirando a su hijo mientras lo decía.

Capítulo 12

«Soy una completa tonta, Caroline. No sé cómo ha sucedido, pero vuelvo a estar perdida y, lo peor de todo es que, esta vez, es solo culpa mía.»

Fragmento de la carta que Lady Victoria envió a su amiga Lady Caroline Whinthrop.

El día después de la reunión familiar en casa de Sebastian, trajo para Victoria dos sorpresas inesperadas. La primera fue que, contra todo pronóstico, su madre no le hizo ninguna pregunta ni ninguna alusión a la velada que se había perdido para pasarla con los Middlethorpe.

Dado su afán por verla casada, resultó extraña la calma con la que recibió el aviso de que no iba a asistir a ningún baile esa noche.

La segunda sorpresa llegó en forma de nota. Una invitación para tomar el té firmada por Alice Alvanley.

Victoria no se sintió con ánimos para rechazarla. Además, tras pasar parte de la noche con ella, había descubierto que le gustaba. No se parecía en nada a la muchacha con la que había estudiado en la academia para señoritas. La muerte de Martín la había vuelto más incisiva, decidida y valiente, lo que suponía un soplo de aire fresco comparada con el resto de damas que frecuentaba.

Cuando Caro regresara de Italia, se iba a llevar una sorpresa. Alice y

ella nunca habían hecho buenas migas. Alice había tenido siempre celos del interés que Martin, su hermano gemelo, tenía en su amiga y por ello ambas apenas se soportaban.

Acompañada de su doncella salió para cruzar la calle que la separaba de casa de Alice. La recibió el mayordomo e inmediatamente la acompañó hasta el invernadero.

Le sorprendió ver a Alice atareada con las plantas. Estaba tan absorta que no se dio cuenta de su presencia hasta que el sirviente la anunció.

—Bienvenida, Victoria. Gracias por aceptar mi invitación.

—Ha sido un placer.

—Si no te importa tomar el té aquí... —Señaló una preciosa mesa de madera labrada con sillas a juego—. Es mi rincón favorito de la casa. Aquí nadie nos molestará.

—Es precioso —comentó observando lo que la rodeaba.

El naranjo enano, las orquídeas y un sinfín más de plantas cuyo nombre desconocía las rodeaban confiriendo a la escena un ambiente bucólico .

—Quince, puedes pedir que nos traigan el té aquí, por favor.

—A sus órdenes, milady —se inclinó con una exagerada reverencia y Victoria tuvo que aguantarse la risa.

Cuando miró a Alice se dio cuenta de que ella también sonreía.

—Quince es maravillosamente exagerado para todo lo que hace. Estoy

segura de que con el té nos enviará una bandeja enorme de pastas que no podríamos terminar ni aunque nos saltáramos la cena.

La conversación siguió su curso natural y ambas se mostraron cómodas la una con la otra. Ni siquiera cuando la anfitriona sacó el tema que la había llevado a escribir a Torie hubo incomodidad entre ambas.

—Supongo que estás al tanto de los chismes, pero me considero en deuda contigo —añadió para dejar claro a lo que se refería—, por lo de la otra noche.

—No hice nada.

—Eso no es cierto. Impediste que me derrumbara delante de toda la alta sociedad londinense.

Victoria no se atrevió a contradecirla porque ambas sabían que era cierto. La imagen de Alice de pie frente a la puerta del gabinete de su hermano, seguía rompiéndole el corazón.

—Sea como sea, lo que pretendía con mi invitación era ponerte sobre aviso sobre lo que se comenta.

—¿Qué chisme se han inventado ahora que ya no pueden hablar de mi hermana?

—No es un chisme. Se especula que en breve vaya a salir una nota en el *Times* anunciando tu compromiso con Sebastian Middlethorpe. Que te niegues a bailar el vals con nadie que no sea él incrementa las habladurías.

—Pero no es cierto que vaya a prometerme con Sebastian.

Alice le palmeó la mano con afecto.

—Normalmente los chismes que triunfan son los que menos sentido tienen. Aunque he de confesarte que, en esta ocasión, no me parece una locura.

—Lo que es una locura es creer que está interesado en mí de ese modo.

—Esa es precisamente la parte más creíble de la historia, Torie. He visto cómo te mira y cómo mira a todos los hombres que se acercan a ti.

—No estoy segura de cuál es su intención —confesó finalmente.

—En ese caso, ¿por qué no se lo preguntas?

—No creo que sea buena idea.

—Muy bien, entonces pregúntate a ti misma, ¿quieres que te pida matrimonio?

Sin saber por qué confiaba en ella asintió con la cabeza. Alice sonrió, al darse cuenta de la confianza que había depositado en ella.

—No hay duda de que deberías hacer algo para que tu deseo se cumpla.

—No es tan fácil...

—Te aseguro que lo sé. Estoy dispuesta a casarme, casi con cualquiera, con tal de escapar de esta casa.

—¿Cualquiera?

—No puedo permitirme ser exigente. Si tengo que vivir aquí mucho

tiempo más me moriré. De momento lo tolero gracias a los sirvientes y a mis plantas, pero no sé si voy a ser capaz de soportar una temporada completa. Además, estoy a punto de convertirme en solterona —bromeó.

—No puede ser tan malo.

—Te aseguro que lo es. ¿Por qué crees que traté de comprometer a Edgehill? Estoy desesperada por escapar.

—¡Alice! —Victoria se llevó la mano a la garganta, sorprendida por la sinceridad de su nueva amiga.

—Es la verdad. Mis padres apenas resisten mi presencia y lo mismo me sucede a mí con ellos. Soy persona *non grata* en gran parte de mi propia casa.

Victoria alargó la mano y asió la de ella, ofreciéndole consuelo.

—Tendrías que haber probado con el conde de Alender. No habría tenido tantos escrúpulos en deshonorarte.

Alice sonrió de oreja a oreja.

—Victoria Warwick, eres mucho más interesante de lo que había supuesto. Y me encanta.

Capítulo 13

«Ya advertimos una semana atrás lo sorprendente que estaba resultando esta temporada y, ahora esta nos vuelve a dejar con la boca abierta al unir en sagrada amistad a dos damas que no podían ser más distintas: Lady V y Lady A»

Revista Secretos de sociedad.

En su afán por sacar a su amiga de casa y de su invernadero, Victoria organizó una salida por Hyde Park con Alice y Brianna al día siguiente. Tal y como esperaba, su hermana en seguida entendió el carácter directo de la morena y, lejos de molestarle, le agradó su franqueza.

No obstante, aunque hablaba con plena libertad de todo, era una persona muy cerrada cuando se trataba de ella misma. Más allá de la confesión de que estaba decidida a casarse esa temporada, no le había contado nada a Torie que pudiera ayudarla a conocerla mejor.

Parecía una mujer templada y valiente. No obstante, la vio flaquear cuando se toparon con los antiguos amigos de su hermano, que, cómo no, se detuvieron para hablar con ella. Cuando retomaron la marcha Alice tardó sus buenos quince minutos en reponerse y volver a ser la misma muchacha habladora y divertida que Victoria había descubierto.

—¿Ese que viene por ahí no es tu cuñado, Brianna?

La duquesa se dio la vuelta sonriendo. Era evidente por qué había hecho el comentario implicándola a ella. Trataba de hacerle saber a Torie quién llegaba sin comprometerla.

—Sí, querida. Mi cuñado y sus amigos.

Se detuvieron para esperar a que los caballeros las alcanzaran, y tras los saludos de rigor, se establecieron unas curiosas parejas, propiciadas por el estrecho camino que recorrían.

Como era de esperar, Torie acabó del brazo de Sebastian, Brianna fue escoltada por el vizconde y Alice tuvo que conformarse con el marqués de Hawkscliffe, el más serio y circunspecto de todos ellos.

No supo si sus acompañantes se retrasaron a propósito o si fue sin darse cuenta, el caso es que Victoria acabó sola con Sebastian en Hyde Park.

—Llevo días queriendo tener la oportunidad de disculparme contigo.

Aunque conocía la respuesta formuló la pregunta igualmente.

—¿Por qué deseas disculparte exactamente?

—Por el beso —dijo bajando la voz a un susurro.

—Ya veo.

—No me disculpo por haberte besado. En realidad lo hago por mi reacción posterior.

Internamente Victoria suspiró aliviada.

—Acepto tus excusas.

—Gracias —hizo una pausa que no auguró nada bueno—. Hay algo más.

Ella esperó a que él volviera a hablar.

—Tenemos que casarnos. —Sebastian se detuvo en medio de la frase para escuchar su réplica, pero parecía que se hubiera quedado muda por lo que aprovechó que no le interrumpió para exponer su punto de vista—. He cometido un error. No debería haberte pedido que me reservaras todos los vales. Aunque eso ahora no importa porque la gente ya está hablando de nuestro inminente compromiso. Incluso mi madre ha venido a casa esta mañana para comenzar a organizar nuestra boda.

Victoria se dio cuenta de que lo contaba con absoluta normalidad, no parecía emocionado con la idea, pero tampoco contrariado.

—Me sorprendería que no hubiera hablado ya con tu madre para ponerse de acuerdo —siguió hablando.

—¡Esto es una locura! No hay necesidad de organizar una boda por unos cuantos chismes.

—Por fin suena tu voz. Pensaba que te había dejado muda de la impresión.

—Estoy perfectamente y no voy a casarme contigo solo para evitar los cotilleos malintencionados.

—Lo harás, Torie. No tienes otra opción. Nuestras familias son

cercanas. Nuestros propios hermanos están casados, por Dios. No podemos obviar los chismes. Al menos no esta vez.

—No creo que sea tan grave —comentó a pesar de saber la verdad de labios de Alice.

Fuera como fuera no iba a casarse con Sebastian por las razones equivocadas. Deseaba que él la amase, no que se viese obligado a convertirla en su esposa para proteger su reputación.

—No voy a permitir que te deshonres —zanjó—. ¡Nos casaremos! ¡Cuanto antes!

Y antes de que ella pudiera hacer nada para detenerlo hincó una rodilla en el suelo y sacó un estuche de terciopelo del bolsillo del chaleco. Allí mismo, en medio de Hyde Park, donde toda la alta sociedad se paseaba más pendiente de las conversaciones ajenas que de las propias, el hombre al que había amado siempre le pidió que se casara con él, aunque sus motivos no fueran los que ella ansiaba.

Capítulo 14

Alice escuchaba la animada conversación que mantenían Brianna y el vizconde de Edgehill, a unos pasos por delante de ella, y se lamentaba por la mala suerte que la había llevado a caminar del brazo del marqués de Hawkscliffe.

Debía reconocer que Phillip había maniobrado con gracia. Había escapado de ella sin resultar ofensivo o directo.

Sonriendo para sí, alzó con disimulo la mirada y se fijó en los rasgos del marqués. No se podía negar que era atractivo: con su cabello claro y los ojos de un azul intenso. De hombros anchos y fuertes brazos, parecía más un jornalero que un noble. No obstante, su aspecto perdía valor cuando uno lo comparaba con su escaso carácter.

Desde que se habían cruzado él apenas había cruzado dos palabras con Brianna y ninguna con ella.

En opinión de Alice, ser atractivo no servía de nada si no iba acompañado de algo más sustancial como el ingenio, la inteligencia o ambas cosas a la vez.

Él notó su escrutinio por lo que le devolvió la mirada con abierta curiosidad. Ninguna muchacha le había observado con tanto descaro antes.

Por otro lado, tampoco conocía a Lady Alice. No había tenido mucho trato con su familia, apenas el justo con Martin, y solo porque frecuentaban los mismos lugares, aunque tenía que reconocer que había sentido su pérdida.

Las pocas veces en las que había hablado con el vizconde de Ghier le había parecido un caballero digno de su respeto.

—Es usted el más aburrido del grupo, ¿cierto? —preguntó ella de un modo demasiado directo para una dama.

Lucius Whinthrope, duodécimo marqués de Hawkscliffe, la miró como si le hubieran crecido serpientes del cabello, cual medusa.

—Y supongo que usted, milady, es la descarada del suyo.

Alice sonrió por primera vez desde que se había quedado sola con él.

Era evidente que no se había esperado esa respuesta, por lo que el abierto ataque del marqués le hizo ganar puntos inesperados.

—Exactamente. Me alegra que lo haya descubierto tan pronto —volvió a reír ella.

Él se quedó absorto en su risa. La muchacha era bonita, pero cuando sonreía se transformaba en asombrosa. Sus ojos se estiraban y brillaban mientras que su boca invadía por completo su cara, de piel perfecta.

—¿Le parece divertido?

—Mucho.

—Me alegra entretenerla.

—No se ofenda. Acabo de descubrir que usted es más de lo que esperaba y me gusta. Por eso sonrío.

—En ese caso me lo tomaré como un cumplido y le daré las gracias.

—¡De nada, milord!

Capítulo 15

«Caro, voy a casarme y no deseo otra cosa más que estés conmigo. Por favor, regresa a Inglaterra, te necesito más que nunca. Creo que estoy a punto de cometer la mayor locura de mi vida.»

Fragmento de la carta que Lady Victoria envió a su amiga Lady Caroline Whinthrop (Devuelta sin abrir).

Sebastian había ido a visitarla cada día desde que anunciaron su compromiso. Sin embargo, su relación se había enfriado tanto que Victoria estaba segura de que su matrimonio iba a ser un desastre.

Desde el primer momento le había quedado claro que el único motivo por el que él le había propuesto matrimonio era para salvaguardar su reputación. En ningún momento le habló de amor o, ni siquiera, de atracción o afecto, los únicos motivos por los que Victoria hubiera aceptado casarse, si su relación hubiera seguido su curso natural.

Tanto era así que, por mucho que su madre se mostrara flexible y los dejara cada tarde unos minutos a solas, su conversación era insulsa y banal. Y él establecía una distancia insalvable, tanto física como emocional.

Hasta que una tarde en la que la condesa volvió a dejarlos a solas, Sebastian la sorprendió al acercarse más a ella en el sofá en el que se desarrollaba parte de su cortejo.

—Sé que no deseas casarte conmigo —la sorprendió diciendo—. De modo que he decidido que lo mejor que puedo hacer es compensarte por tener que hacerlo contra tu voluntad —comentó al tiempo que sonreía con picardía.

—No me has obligado.

—Es posible, pero no lo has elegido por ti misma, sino por las circunstancias.

Victoria sintió que la sangre bullía en sus venas. Era la primera vez en días que Sebastian se mostraba como el galante libertino que ella recordaba. Estaba tan cerca que podía oler su aroma a tabaco y colonia masculina.

—¿Qué quieres decir?

—¿Te doy la primera recompensa? —ofreció alzando la mano para posarla con delicadeza en su mejilla.

Ella asintió, nerviosa por lo que podía suceder a continuación.

Sin decir nada más, Sebastian agachó la cabeza y la besó. Sus labios presionaron los de ella, quien, con un suspiro, separó los suyos para que él profundizara el beso. Victoria sintió como si él se hundiera en ella y ella se perdiera en él. La sensación de sus lenguas tocándose, de sus manos acariciándole los pechos por encima de su fino vestido de tarde, la llenó de una urgencia cada vez más ardiente que crecía y exigía algo... algo a lo que no podía dar nombre, pero que deseaba con desesperación.

De pronto, las manos y los labios de él desaparecieron, y ante el

repentino abandono emitió un gemido de protesta.

Sebastian la miraba con una mezcla de satisfacción y de deseo que erizaba la piel de Victoria.

—Cuando nos casemos habrá mucho más —prometió—, pero hasta entonces voy a tratar de mostrarte lo placentero que va a ser estar unida a mí.

Sin añadir nada más, regresó a su posición inicial, preocupado porque volviera la condesa y adivinara lo que acababa de suceder entre ellos. Había tenido que contenerse para no hundirle los dedos en el cabello para no delatarse.

Deseaba que Torie quisiera casarse con él, pero para ello no pretendía llegar tan lejos como para seducirla por completo ni para que la condesa se preocupara y acelerara el enlace.

Victoria se merecía su respeto y por mucho que le costara mantener la calma cuando la tocaba, estaba decidido a esperar a la noche de bodas para reclamarla como suya. Iba a disfrutarla con la calma y el mimo que se merecía.

Capítulo 16

«Otro compromiso que celebrar en esta temporada en el que el amor está ganando la batalla a las bodas adecuadas...»

Revista Secretos de sociedad.

Desde ese primer beso a escondidas de su madre, habían compartido muchos como ese. Y, aunque Victoria disfrutaba de cada uno de ellos, tenía la sensación de que Sebastian se retenía.

Esa noche, en el baile de los Calverton, había estado a punto de preguntarle, pero la duquesa viuda y su madre la habían acaparado para comentarle algunos detalles sobre la boda.

Cuando por fin Sebastian había acudido a rescatarla, la había arrastrado fuera del salón de baile sin darle ninguna explicación ni darle opciones para preguntar.

Sebastian tiró de ella mientras caminaban por los pasillos de la casa de los Calverton, hasta la zona menos transitada por los sirvientes, que seguían llevando viandas a la fiesta para abastecer la mesa de refrigerios.

Se había contenido todo lo posible, pero había llegado el momento de darle a su prometida la siguiente recompensa.

La aprisionó contra la pared y la besó con más intensidad de la que

acostumbraba a usar con ella. Con delicadeza para no asustarla, deslizó su mano por debajo de la tela de su vestido hasta que este estuvo arrugado entre el cuerpo de ambos.

—Torie, ¿quieres recibir tu siguiente recompensa por ser mi esposa?

Ella asintió todavía aturdida por los besos.

—Apóyate contra la pared y sujeta tu falda aquí—pidió con la voz ronca poniéndosela frente al pecho que el escote del vestido dejaba al descubierto. Si alzaba la cabeza y se topaba con sus pechos iba a ser imposible que se controlara— y por nada del mundo apartes el vestido de tu pecho ni grites, o nos pillarán inmediatamente.

—¿Por qué iba a gritar? ¿Vas a hacerme daño?

Sebastian rio contra la piel sedosa de su vientre.

—No, cariño, solo voy a acariciarte. ¿Te gusta que te acaricie?

—Sí, me gusta.

El comentario no logró tranquilizar a Victoria, que asió con más fuerza la falda que él le había hecho sostener.

—Abre un poco las piernas.

—Sebastian, no creo que...

Él alzó la cabeza para mirarla. Parecía preocupada, a pesar de la semioscuridad podía notar la tensión que la embargaba. Se levantó de un salto y le acarició la mejilla.

—También te gusta cuando te beso.

Victoria asintió con vehemencia.

—¡Bien! Entonces confía en mí, cariño y abre las piernas para que pueda besarte y acariciarte como te gusta.

Todavía indecisa hizo lo que él le pedía aunque tuvo que controlarse para no volver a juntarlas cuando Sebastian volvió a agacharse.

—Recuerda, preciosa, no grites.

A Victoria se le quedó atorada la réplica en la garganta porque, en cuanto él posó los labios en su centro, fue incapaz de pensar en nada con sentido.

Sebastian estaba cumpliendo su promesa y le estaba haciendo exactamente lo mismo que su lengua hacía en su boca, solo que esta vez era más intenso, más... Sintió cómo introducía con cuidado un dedo en su interior. Cerró los ojos aturdida por las sensaciones que estaba experimentando.

Él volvió a acariciarla con la lengua, con los dedos...

—Cariño, no grites —pidió, y fue cuando Victoria se dio cuenta de que había emitido un sonido de placer demasiado fuerte para el lugar en el que estaban.

—Sebastian, yo...

—Déjate ir, preciosa. Solo déjalo ir.

No supo a lo que se refería hasta que no sintió el calor en su vientre y

la sensación más maravillosa que hubiera experimentado nunca la embargó con tanta intensidad que le flaquearon las piernas.

Él la sujetó con fuerza y, cuando abrió los ojos, se topó con que estaba sosteniéndola, mirándola con una expresión indescifrable.

—Dime que no te arrepientes de tener que casarte conmigo —había tal intensidad en sus palabras que Victoria actuó por instinto, acercó su cara a la suya y le besó.

—Nunca me he arrepentido —musitó cuando se apartó.

Capítulo 17

«Nunca me he arrepentido», había dicho Victoria, pero, ¿era verdad o había sido una reacción natural a sus caricias?

Sebastian nunca hubiera imaginado que su minucioso plan seguiría un curso tan distinto al que había imaginado. Las cosas se habían precipitado y no había habido manera de contenerlas.

Su intención era conquistar a Victoria poco a poco. No obstante, sus malditos celos habían desencadenado el compromiso que él había esperado que llegara en el momento adecuado.

Al final iba a tener que darle la razón a Lady Berbrooke y echarle la culpa a sus ojos verdes, pensó con una sonrisa.

Si no le hubiera pedido que le reservara todos y cada uno de los vales habría podido proponerle matrimonio con la certeza de que si le aceptaba como esposo era por sí mismo y no por evitar el escándalo.

Pero verla en los brazos de cualquier otro caballero había despertado en él unos celos tan intensos que arriesgó todos sus progresos con tal de alejarla de posibles rivales.

Sacó el reloj del bolsillo del chaleco y comprobó que era casi la hora de cenar, pensó en ir al club, pero al alzar la cabeza se dio cuenta de a dónde

se había dirigido de un modo inconsciente, desde el instante en que salió de su casa.

Estaba en medio de Grosvenor Square, a las puertas de su antiguo hogar.

Pensó entonces en Marcus y en sus habituales monsergas y se preguntó si no habría ido hasta allí porque en su fuero interno sabía que necesitaba el consejo de su hermano mayor.

Ni siquiera fue necesario que llamara. La puerta se abrió ante él y tras ella apareció el siempre oportuno Hudson, mayordomo de la familia desde la época en la que su padre todavía vivía.

—El duque le está esperando en su estudio —anunció con solemnidad.

Sebastian tardó unos escasos segundos en responder, tratando de asimilar las palabras del hombre.

—¿Cómo sabía su excelencia que iba a venir si ha sido una idea imprevista incluso para mí?

—El duque lleva días esperando su visita, milord —y añadió permitiéndose una ligera sonrisa—. Por favor, permítame que le felicite por su reciente compromiso.

—Gracias, Hudson.

El mayordomo inclinó la cabeza a modo de respuesta.

Sebastian no volvió a hablar. Se mantuvo en silencio mientras Hudson

tomaba su chaqueta y su sombrero y se lo daba al lacayo para que lo guardara hasta su marcha.

—No hace falta que me acompañes. Conozco el camino.

—Como desee, milord.

—¿Dónde está Brianna? —inquirió Sebastian entrando en los dominios de su hermano.

El duque alzó la cabeza de los papeles que estaba revisando.

—¿Has venido hasta aquí solo para preguntarme por el paradero de mi esposa? —preguntó, al tiempo que se levantaba de su silla tras el escritorio y se acercaba hasta al aparador de las bebidas para servir dos copas de brandy —. Ha asistido a un baile con sus padres y su hermana.

La mención de Victoria hizo reaccionar a Sebastian.

—Es evidente que no. Solo trataba de romper el hielo.

Marcus arqueó una ceja.

—De acuerdo, ya lo has hecho, ahora hablemos de lo que te preocupa —ofreció con calma.

Sebastian vació de un trago su vaso y extendió el brazo para que su hermano se la volviera a llenar.

—Si esperas que hable de mis sentimientos vas a tener que darme algo más fuerte que el brandy —protestó con una sonrisa.

—Te daré una botella entera si con eso consigo que me cuentes de una

vez qué te preocupa.

—¡Trato hecho!

Marcus, que había vuelto a rellenarle el vaso, se sentó en uno de los sillones gemelos que había en su estudio, esperando que el gesto fuera tomado por Sebastian como una invitación para que hiciera lo mismo.

A regañadientes siguió su ejemplo y tomó asiento.

—Siento que he forzado a Victoria a casarse conmigo y no era así como quería que sucediera —dijo por fin.

—¿De verdad lo piensas?

Sebastian asintió y vació de nuevo su bebida.

—En ese caso estás más ciego que nadie que yo conozca. Victoria lleva enamorada de ti desde hace mucho tiempo. Estoy seguro de que ha soñado de mil maneras diferentes lo que sería casarse contigo.

—Yo no diría eso.

—Tú no eres tan listo como yo —argumentó, tratando de restarle seriedad al asunto.

—Tienes razón, había olvidado que el título de duque viene con una dosis malsana de superioridad.

Marcus ni siquiera se inmutó por el dardo.

—Deberías contarle la verdad.

—¿Y qué verdad es la que debería contarle? Según tus amplios

conocimientos en materia femenina.

—Que estás enamorado de ella. Que siempre lo has estado y que el único motivo por el que nunca le has dicho nada es porque creías que ibas a tener tiempo. Entonces cuando ella te dijo que estaba decidida a casarse esta temporada entraste en pánico y precipitaste las cosas. —Y añadió con un suspiro cansado—. Con lo fácil que hubiese sido todo si le hubieras dicho la verdad.

—Eres un maldito duque de los pies a la cabeza.

Marcus se rio, encantado.

—¿Porque siempre tengo razón?

—Porque no puedes evitar regodearte cada vez que la tienes.

Capítulo 18

«Sebastian me quiere. No podría ser más feliz. Bueno, estoy segura de que lo sería un poco más si llegaras a tiempo a mi boda.»

Fragmento de la carta que Lady Victoria envió a su amiga Lady Caroline Whinthrop (Devuelta sin abrir).

Los condes acababan de llegar del baile al que habían asistido esa noche con sus dos hijas, cuando el duque y Sebastian se plantaron en su puerta, bebidos y sonrientes.

En cuanto Brianna vio el estado en el que se encontraba su esposo bajó a toda prisa del carruaje para asegurarse de que estaba bien.

—Marcus, ¿estás borracho?

—Ligeramente bebido, querida.

—No puedo creérmelo. Te dejo en casa para que pudieras hablar con él tranquilamente —señaló a Sebastian que trataba de subir las escaleras lo más erguido posible—, y al regresar te encuentro en este estado.

—Técnicamente no has regresado, mi amor. Estamos en plena calle.

—Marcus Middlethorpe, sube inmediatamente al carruaje. Nos marchamos a casa.

—No puedo. Tengo que acompañar a mi hermano para que hable con tu padre.

—¿A estas horas?

—Es un asunto de suma importancia que no puede esperar a mañana.

Su esposo lo miró perspicaz.

—¿Tiene algo que ver con Torie?

Marcus asintió y al hacerlo se tambaleó ligeramente.

—¿Va a hacer feliz a mi hermana saberlo?

—Infinitamente feliz.

—En ese caso os ayudaré, pero más tarde tú y yo tendremos una charla.

El mayordomo de los condes ya había abierto la puerta para que entrara Sebastian, por lo que Brianna y Marcus pudieron seguirle sin problemas.

—Madre, lo siento, pero al parecer es de suma importancia que Sebastian hable con Victoria.

—Por supuesto.

—¿Qué está pasando aquí? —tronó el conde saliendo de su estudio con un puro encendido en los labios.

—Nada, querido, cosas de enamorados.

—Rothgar, ¿estás borracho? —la respuesta era más que evidente por lo que nadie se tomó la molestia de responder al conde.

—Cooper, por favor, que alguien avise a Victoria de que se requiere su

presencia en la biblioteca. —La condesa tomó las riendas de la situación—.

Ahora ya puedes llevarte a tu marido a casa.

—Sí, madre.

—Sebastian, Cooper te acompañará a la biblioteca, por favor, toma asiento y espera a que llegue mi hija. Y, Sebastian...

—Sí, milady.

—No toques el brandy. Por hoy ya has bebido más que suficiente.

Victoria llevaba el mismo vestido que había lucido en la fiesta. Solo había tenido tiempo de soltarse el cabello antes de que la avisaran de que tenía una visita.

Bajo ningún concepto era hora para visitas, por lo que a toda prisa bajó las escaleras y entró en la biblioteca, donde se encontró a su prometido.

—Sebastian, ¿qué ha sucedido?

Él la miró con fijeza, deteniendo su escrutinio en su hermosa cabellera suelta.

—Mi hermano es un patán pomposo que siempre tiene razón, así que lo mejor que puedo hacer es seguir su maldito consejo y contarte la verdad — confesó con la voz pastosa.

—¿Estás borracho?

—Puede que un poco, pero esa parte no es importante.

Hizo un gesto con la mano señalando el espacio vacío a su lado en el

diván y Victoria cruzó la estancia para sentarse.

—¿Cuál es la parte importante?

—Que te quiero —zanjó él como si no acabara de declararse.

—¿Puedes repetirlo?

—Te quiero y soy un estúpido celoso. La culpa es del color de mis ojos. Yo no lo sabía, pero Lady Berbrooke me contó lo que significaba tener los ojos verdes.

—No entiendo de qué hablas.

Sebastian suspiró y alzó la mano para atrapar un mechón dorado entre los dedos.

—Parece ser que las personas con los ojos verdes somos celosas por naturaleza y no hay duda de que yo lo soy. Y por culpa de ese defecto mi plan de conquistarte se fue a pique.

Victoria tardó unos segundos en ser capaz de hacer otra cosa distinta a sonreír como una tonta.

—¿Qué te parece si me lo explicas mejor? Pero antes... —se inclinó para besarle. Su boca sabía a brandy. Se apartó con rapidez porque no quería perder el hilo de la conversación—, yo también te quiero. Ahora cuéntamelo todo poco a poco.

—¿Me quieres?

—Lo hago.

—¿No te casas conmigo por obligación?

—Me caso contigo porque quiero. Porque te quiero, en realidad.

—Eso es todo lo que necesitaba saber —confesó, asiéndola de los hombros para acercarla más a él y besándola con toda la pasión que había reprimido durante tanto tiempo.

Capítulo 19

Lady Alice acababa de comprender, demasiado tarde, que invitar a Lord Burns a dar un paseo por el jardín de los Halse era una completa pérdida de tiempo. El baronet ni siquiera había tratado de besarle la mano e, incluso, se había negado a caminar por la zona menos iluminada, alegando que no era adecuado que una dama soltera y sin carabina paseara del brazo de un hombre.

—Estamos en un baile, milord, no son necesarias las carabinas.

—Ahora mismo estamos en el jardín, Lady Alice.

—Gracias por la aclaración —dijo son sorna. No obstante, el baronet fue incapaz de entender el doble sentido de sus palabras.

—Lo mejor sería que regresáramos al baile.

—Hace mucho calor dentro. ¿Por qué no damos otro paseo?

Lord Burns arrugó la frente como si estuviera midiendo los pros y los contras de aceptar la petición de la dama.

Fue en ese instante cuando Alice supo a ciencia cierta que tenía que tachar al barón de su lista y que sus posibilidades de verse libre del yugo de su familia disminuían dramáticamente.

—Insisto en que debemos volver —la apremió al ver que ella no estaba dispuesta a marcharse.

La dama suspiró antes de hablar.

—Regrese usted, yo me quedaré aquí unos minutos más —señaló el banco de piedra más cercano y se dirigió a él.

—No puedo dejarla aquí sola. No es correcto.

—Yo la escoltaré cuando decida regresar —anunció una voz acostumbrada a dar órdenes.

Ambos se dieron la vuelta para toparse con la inesperada presencia del marqués de Hawkscliffe, quien al parecer también había salido a tomar el aire.

—No creo que... —comenzó Burns.

—Le agradezco el gesto, milord —dijo ella mirando al marqués—. Lo cierto es que no deseo regresar tan pronto.

«De ser posible no regresaría jamás», pensó con tristeza.

—Ya has escuchado a la dama, Burns, yo la escoltaré de vuelta cuando desee hacerlo.

—Muy bien. Lady Alice —hizo una inclinación de cabeza en su dirección—. Hawkscliffe.

El marqués correspondió con un gesto igual de escueto y centró toda su atención en la mujer que seguía a su lado.

—¿Por qué ha salido con un petimetre como Burns?

—No me quedan muchas opciones —confesó sin fingimientos.

Él la miró confuso.

—¿De qué habla?

—No tiene importancia. ¿Por qué ha salido usted?

Sonrió antes de responder.

—Mis motivos también son banales.

Alice rio abiertamente y él la encontró preciosa.

—Parece que nuestras conversaciones están condenadas al fracaso.

—Creo que en ese punto voy a tener que darle la razón —admitió con una expresión divertida.

—Lo lamento.

—¿Por qué?

Ella volvió a sonreír.

—Porque sé cuánto lamenta tener que darme la razón en nada.

Capítulo 20

«Otra boda más que añadir esta temporada a los enlaces por amor. Parece que la nobleza se está ablandando. ¿Cuál será la próxima? En esta redacción apostamos por la de Lady A y Lord L. Ya saben lo que dicen, que no hay dos sin tres.»

Revista Secretos de sociedad.

La boda fue tan preciosa como cabía esperar de una pareja enamorada.

Caroline Whinthrope llegó a tiempo para acompañar a su amiga, y la novia fue de las más hermosas que se habían visto nunca.

La sorpresa fue que esta eligiera un vestido verde musgo, del mismo color que los ojos de su esposo, para contraer matrimonio con él.

El desayuno de bodas estuvo organizado tanto por la madre del novio como por la madre de la novia, que no podían estar más contentas.

No obstante, el momento que la pareja recordaría por siempre llegó un poco más tarde, cuando los novios se retiraron al que iba a ser su hogar.

Sebastian golpeó suavemente con los nudillos la puerta del dormitorio de su esposa. Ambos se negaban a dormir en camas separadas, por lo que ese había sido el elegido por ambos para hacerlo propio.

—¡Adelante!

Entró con apenas una bata. Iba descalzo y ese pequeño detalle hizo que

el corazón de Victoria bombeara con fuerza en su pecho.

—Buenas noches, esposa.

Ella sonrió, encantada.

—Buenas noches, esposo.

Sebastian cerró la puerta tras de sí y caminó para detenerse a escasos centímetros de ella.

Después de un momento de pasear su mirada por su precioso cuerpo, apenas cubierto por el camisón, asió los delgados tirantes de seda y se los bajó por los hombros, dando gracias mentalmente a Brianna por regalarle semejante pieza a su hermana.

—¡Dios mío! Eres preciosa —susurró él, y con los nudillos le acarició suavemente las cimas de los pechos y el valle entre ellos.

Victoria se estremeció de placer.

Él le cogió un mechón de pelo y lo aspiró; después bajó la cabeza hacia la de ella y le acarició la cara y el cuello con besos ligeros, bajando hasta que su aliento le acarició los pechos.

Suavemente, Sebastian empezó una exploración más concienzuda de sus pechos con los labios y la lengua, tironeando, succionando y mordisqueando hasta que ella creyó estar volviéndose loca. Cuando él le bajó el camisón hasta más abajo de las caderas, ya casi no podía respirar.

Su marido interrumpió un instante las caricias para quitarse la bata y

entonces ella sintió deslizarse su voluminoso miembro por el muslo, vibrando contra su piel desnuda.

Él le cogió la mano y se inclinó a besarla.

—Tócame, Torie —susurró junto a sus labios, guiando su mano para que descubriera su pasión.

Ella le acarició con dedos torpes, pero ni la más avezada de las cortesanas habría logrado despertar las sensaciones que ella le despertaba.

Le cogió un pezón entre los dientes y tiró de él con delicadeza. Cuando le introdujo los dedos por entre las piernas y le tocó el núcleo mismo, se le entrecortó la respiración y se hundió más en el colchón de plumas, alarmada por las exquisitas sensaciones eróticas y de ligereza. Ya la había tocado de ese modo en otra ocasión, pero la experiencia esa noche estaba siendo mucho más intensa.

Sebastian continuó acariciándola, instándola a abrirse de piernas. Hundió la cara en sus pechos, succionándolos mientras con el miembro le acariciaba el abdomen y los muslos, quemándole la piel con su calor. Ella se aferró a las mantas cuando él le introdujo lentamente un dedo dentro, luego dos, y la obligó suavemente a abrirse. Se puso encima de ella, abriéndole las piernas con la rodilla y bajando el cuerpo hasta que su virilidad le rozó el montículo de su sexo.

—¿Estás preparada para la recompensa final? —preguntó, guiando el

aterciopelado extremo de su miembro hasta ella.

—Creo que sí.

Sebastian se rio por la ocurrencia.

Entonces, suavemente y muy, muy lento, la penetró un poquito, avanzó otro poquito y otro poquito, entonces acomodó su cuerpo al de ella para comenzar un delicado movimiento dentro de su cuerpo. La besó tiernamente, cogiéndole el labio inferior entre los dientes, haciendo girar la lengua dentro de su boca sin interrumpir su exquisito asalto. Su marido apoyó su cuerpo en ella y acomodó la cara en su cuello, a la vez que con todo cuidado la penetraba enterrándose en ella.

Sebastian no supo si su gemido ahogado era de dolor o de temor.

—¿Estás bien, cariño?

Victoria asintió, con los ojos cerrados.

Él la besó, tratando de calmarla, pero estar dentro de ella era tan intenso, tan maravilloso que no pudo quedarse quieto mucho más.

—Torie, ahora voy a moverme. Por favor, dime si te hago daño —
pidió con la voz ronca de tanto contenerse.

—Sí —dijo ella cuando él comenzó a retirarse con cuidado.

—¿Sí que te hago daño?

Victoria volvió a negar con la cabeza.

—Sí que te lo diré si me lo haces.

Sebastian la besó en la frente y volvió a deslizarse con cuidado, dentro y fuera de su cuerpo. Aumentó el ritmo cuando ella empezó a arquearse para recibirlo.

Y siguió repitiendo el atormentador movimiento hasta que la liberación les llegó a ambos al mismo tiempo.

Permanecieron abrazados durante un rato, cada uno tratando de recuperar el aliento. Victoria sintió los rápidos latidos del corazón de su esposo sobre su pecho.

—Te quiero, esposa —susurró sobre su cuello.

—Yo también te quiero. Te he querido siempre. Hasta cuando trataba de no hacerlo.

—Soy el hombre más afortunado de todo Londres. —La estrechó más contra sí y le besó el hueco detrás de su oreja—. El maldito hombre más afortunado del mundo.

Próximamente...

Un Vizconde para mí

Serie Nobles nº 3

El sueño de Lady Caroline Whinthrope siempre había sido el de viajar a Italia para aprender las técnicas de pintura de los grandes maestros.

Tratando de complacerla, su hermano, el marqués de Hawkscliffe, le prepara la sorpresa como regalo en su vigésimo segundo cumpleaños. El problema es que el viaje no podría haber llegado en peor momento, justo cuando acaba de prometerse al hombre que ama.

Respaldada por él, ambos deciden mantenerlo en secreto para que Caroline pueda cumplir su sueño.

Lo que esta jamás hubiera imaginado era que se vería obligada a volver a toda prisa de Italia para evitar que su prometido cortejara a otra dama.



Un marqués para mí

Serie Nobles nº 4

Lady Alice Alvanley estaba cansada de fingir que todo iba bien, cansada de sentirse sola e incomprendida, de que sus padres apenas tolerasen su presencia en sus vidas.

Por todo ello, había decidido independizarse de ellos y, ¿qué mejor manera de hacerlo que buscándose un marido que la sacara de allí?

Lucius Whinthrope no podía quitarse de la cabeza a la osada Lady Alice. Primero había tenido que intervenir para que esta no estropeará el compromiso de su hermana y, después de que este, por fin, se hubiera formalizado, parecía encontrársela allá donde fuera. ¿Se habría convertido el marqués en su nuevo objetivo?

OLGA SALAR

UN
MARQUÉS
PARA *mí*



Sobre Olga Salar

Olga Salar. Nació el veintidós de enero de 1978 en Valencia. Se licenció en filología hispánica para saciar su curiosidad por las palabras al tiempo que compaginaba su pasión por la lectura.

Escribió su primera novela con una teoría, para ella brillante y contrastada, sobre lo desastroso de las primeras veces, Un amor inesperado (Zafiro. Planeta), y tras ella siguieron la biología juvenil Lazos Inmortales (Kiwi). En este mismo género acaba de publicar Cómo sobrevivir al amor (Planeta). Aunque ha sido en romántica adulta dónde ha encontrado su voz.

Es autora de Quédate esta noche (Kiwi), Íntimos Enemigos (Versátil), Una cita Pendiente (Versátil), Una noche bajo el cielo (Kiwi), Jimena no deshoja margaritas (Versátil), Solo un deseo (Zafiro. Planeta), Di que sí, con la que fue mención especial en el II Premio HQÑ Digital, He soñado contigo (Versátil), Romance a la carta (Versátil) Un beso arriesgado (HQÑ) e Igual te echo de menos que de más (Amazon), Kilo y $\frac{3}{4}$ de amor (Amazon), Deletréame Te Quiero (HQÑ), Contigo lo quiero todo (HQÑ), Duelo de voluntades (HQÑ), El corazón de una dama (HQÑ).

[Para conocer todas sus obras, pincha aquí](#)

Otras obras de la autora

**Un duque para mí.
Serie Nobles nº 1**

Marcus Middlethorpe, duque de Rothgar, está decidido a evitar a las matronas que sueñan con casarlo con sus aburridas hijas. Con ese fin, ha trazado un plan que está seguro de que no puede fallar. Con lo que no ha contado es con el carácter de la dama que necesita como cómplice para que dicho plan tenga éxito.

Lady Brianna Warwick no desea ser cortejada falsamente para cubrir apariencias. Ella está dispuesta a apostar fuerte y a arriesgar todo cuanto posee, si con ello consigue lo que su corazón ansía: el amor de cierto duque huidizo que la saca de quicio y le acelera la respiración.



Igual te echo de menos que de más.

Cuando Olimpia se da de bruces con su pasado, presiente que sus problemas no han hecho más que empezar. Allí estaba él, mirándola fijamente con sus ojos negros, sin previo aviso y más atractivo todavía de lo que recordaba. Y Olimpia que creía que lo había superado...

Como ella es una optometrista de lo más profesional, está dispuesta a probarse todas y cada una de las lentes correctoras que ha ido acumulando a lo largo de los años: las de los “sueños rotos”, las de la “venganza”, las de la “solitaria estabilidad” y las de “la ilusión”. Pero no se decide a probar esas que llevan por marca “Dale Otra Oportunidad”.

Menos mal que en esta montaña rusa que es la vida estará acompañada por sus estupendos jefes, Gerardo y Arturo, parientes de “su pasado”, su inseparable amiga Lola, quien sufre el ataque de las malditas hormonas, y su hermano Nico, un Dj enemigo de la pena que está deseando poner ritmo a la banda sonora de su futuro.

Igual te echo de menos que de más

2ª EDICIÓN

OLGA
SALAR



Kilo y $\frac{3}{4}$ de amor.

Gabrielle sabe que los zapatos sientan bien a todas las mujeres, tengan la talla que tengan. Que calzada con unos stiletos cualquier chica puede sentirse capaz de comerse el mundo y, que las zapatillas adecuadas tienen el mismo efecto que un tacón de diez centímetros. Por ello ha escogido diseñar zapatos como medio de vida y, gracias a esa pasión que siente por lo que hace, su sello se ha convertido en la marca recurrente de millones de mujeres en todo el mundo.

Ahora está decidida a conquistar a la otra mitad de la población: los hombres. Y para ello necesita al modelo perfecto que encarne esa filosofía de vida que impregna sus diseños.

El problema es que se niega a mezclar el trabajo con el placer y, su nuevo modelo, está hecho para ser la horma perfecta de su zapato.

